

Germán Pardo García

y

Carlos Pellicer

Nació en Ibagué, Colombia, en el año 1902. Murió en el año 1991, en Ciudad de México. Helénico en la búsqueda de una estética, delirante en sus viajes planetarios, Germán Pardo García escribe una poesía para ser gritada, o para ser dicha con rabia. Ningún otro país como México pudo propiciar las condiciones necesarias para realizar su proyecto: fundar revistas literarias y de poesía haciéndolas asequibles a las gentes comunes y corrientes. Como Barba-Jacob, en el exilio voluntario, sintió a Colombia con nostalgia pero también con la ambivalencia de quien en la distancia reclama sus derechos. Su última revista se denominó *Nivel* y en ella mostró sus últimos poemas. Entre sus libros se destacan: *Voluntad* (1930), *Claro abismo* (1940), *Las voces naturales* (1945), *Centauros al sol* (1959), *Himnos del hierofante* (1969), *Apolo Thermidor* (1971), *Mi perro y las estrellas* (1974), *Últimas odas* (1985).

Germán  
Pardo García



En tu amistad abierta cual tu mano,  
dejo este libro de acres esculturas,  
altísimo poeta que maduras  
en tus sienes el trigo mexicano.

Tú le darás el cocimiento humano.  
Brisas de tus doradas andaduras.  
Hilos de tus indígenas costuras.  
Misericordia de tu sol cristiano.

Amigo que en mis ámbitos describes  
Telescópicos vértices y escribes  
En toda espiga, el pan que te aletea

en los pulsos de atléticos descansos:  
toma este libro de agua sin remansos,  
que tu aire individual limpia y orea.

## UN HOMBRE DEL PUEBLO

(Fragmento)

[...]

México territorial, indígena y civilmente volcánico,  
le dio muros de asilo a mi estandarte de moléculas.  
Mi corazón foráneo padecía de soledad,  
y le concedió toda la plenitud de sus misterios.  
Mi espíritu social codiciaba humanitarios testimonios,  
y le ofreció la revolucionaria fuerza de sus tribus.  
Fulgía en mis sienes la cólera de algún dios ultrajado,  
y México me descubrió la mansedumbre de sus paupérrimos telares.  
Los rostros de sus gentes fueron serenas radas bronceínas  
donde una noche anclaron las naves de mi angustia.  
Exploraba incandescentes y remotas mareas nebulares,  
y como en un planetario cobrizo vi las constelaciones  
fulgurar en las lágrimas de sus indios astrónomos.

Mas no hablo de aquel México de multicolores músicas,  
sino del otro que en el martirio calla.  
Donde haya un indio abandonado y silencioso,  
quisiera ser cabezal de su étnica amargura.  
Cuando pase alguna de sus mujeres irredentas,  
iré con mi dolor acompañándola.  
Cuando alguno de sus niños melancólicos implore,  
yo seré la minúscula felicidad de su perro y de su calle,  
y entre sus obreros ansío ser la brisa reguladora  
que refresque la voracidad de las siderúrgicas fraguas.

¡Cuántos años tardé para saber que tu silencio  
es himno universal a las criaturas y a las cosas!  
¡Cuántos siglos de mi alma fueron necesarios

para que descendiera a las sinuosidades de tu infierno!  
¡Oh trágico mutismo de tu raza combatida estérilmente  
por el asalto de los ríos precursores,  
el desorden eversor de la ventisca  
y la caducidad delirante de los muertos!  
¡Oh pirámides expiatorias! ¡Oh sombras receptivas,  
fecundadas por blancos gérmenes sexuales!  
¡Oh México de sangre congelada en el tezontle!  
¡Oh serpientes que en sus anillos enlutados  
guardan las claves de tus números!

Deja que te brinde mi hogaza y mi levadura de estrellas  
y la mezcle con la simplicidad de tus nativos alimentos.  
¡Qué otra cosa puedo entregarte sino mi corazón criptal en su heroísmo,  
y arrebatado por la rapidez de tus híbridas danzas?  
Te siento en la sangre con la firmeza del retazo que se cose  
a desgarrada vestidura,  
y un poco de tu arcilla se halla siempre sobre mi mesa de trabajo  
y una flecha de obsidiana se clavó definitiva en mis destinos.

Cada vez que de ti me separo, padezco  
al pie de ese gran “Árbol de la Noche Triste”  
que todos los hombres de América  
llevamos sin saberlo en el alma.

Soy un hombre del pueblo sagaz en sus sentidos  
que laboran sobre existencias casi microscópicas.  
Un día vi palpar el corazón de una luciérnaga  
y conocí la edad de un zenzontle por su tonal ternura.  
Si algo acontece abajo, si un ruido despierta  
la hipnotizada vegetación que allá reside;  
si una conmoción central cunde a los pozos  
y atemoriza los amantes movimientos de los peces;  
si un hilo de invisible cristal sutura glomérulos heridos,  
yo escucho ese rumor de la vigilia absorta;  
sorprendo esa instantánea parálisis del agua  
y reconstruyo dulcemente los cilíndricos cálamos. [...]

## IMITACIÓN DE LA VIDA

(Fragmento)

Entre los cactus y las hueseras  
que el viento cubre de polvo y sal,  
arrinconados en madrigueras  
viven los indios del Mezquital.

Rostros en llamas donde la vida  
ha esculpado su imitación,  
como taladro que abre una herida  
sobre canteras de bermellón.

México tiene terribles llagas  
que supurantes aquí se ven,  
junto a los tallos de las biznagas  
y las espinas del henequén.

Y el indio chupa de la cactácea  
lo que la nube jamás le dio,  
y muerde y come la solanácea  
que la sequía petrificó.

[...]

Y el indio surge de entre la brasa  
más resistente. Nunca se quema  
y por las sombras erguido pasa  
con el infierno como diadema.

Los laberintos de su semblante  
y lo incombusto de su anarquía,  
llevan el rojo matiz triunfante  
de la violenta cardonería.

La tierra calva sin un abono,  
indiferente a la sequedad,  
va devorándose su carbono  
como hace el indio con su heredad.

La tierra come los desperdicios  
que van quedando de la carroña,  
y la pavora de precipicios  
y los estragos de la ponzoña.

De vez en cuando veloz zenzontle  
por un momento cantar imita  
sobre montículos de tezontle  
o en algún hongo que parasita.

[...]

¡Oh tierras crueles, oh razas muertas!  
¡Sois de la vida similitud,  
en las planicies o en las desiertas  
cimas de blanca decrepitud!

Yo, un habitante de inertes páramos,  
con mis diluvios acá llegué,  
y con las brumas que no olvidáramos  
cuando los Andes abandoné.

Y ahora pago con mi moneda  
menos opaca, lo que de aquí  
yo voy soñando y aquí se queda,  
como las tumbas del otomí.

Y hago este canto desguarnecido  
que un duelo imita y escombros es,  
al mexicano que así ha vivido  
con llamaradas bajo los pies.

Y este es un canto de madrigueras  
que el viento cubre de polvo y sal,  
y el miserere de las hueseras  
y de los indios del Mezquital.